



LOS
FANTASMAS
DEL PARAÍSO

Alfredo Gómez Cerdá

Primera edición: abril de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Diseño de cubierta: Marta Mesa

© Alfredo Gómez Cerdá, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

*Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

capítulo uno

5

Había perdido la cuenta de los días que llevaban sin ver el sol, sin vislumbrar siquiera un resquicio de cielo azul entre las nubes y las cumbres nevadas de las montañas. Por eso, aquella mañana se quedó extasiado ante la ventana de su cuarto. Pensó que iba a ser verdad eso de que los españoles, acostumbrados al sol, al cielo infinito y azul, necesitan sentirlo sobre sus cabezas, contemplarlo, casi tocarlo, para no dejarse avasallar por la melancolía y la tristeza. Solo así se explicaba su enorme alegría.

Allí, a orillas del lago Lemán, Pablo había llegado a pensar que el cielo había sido sustituido por una inmensa y algodonosa masa de nubes llena de claroscuros; a veces alta, a veces lamiendo la superficie del lago. El invierno estaba siendo muy largo. Tenía que mirar el calendario para convencerse de que el mes de abril, ya muy avanzado, era una realidad y no una ensoñación.

Al descubrir el milagro del cielo despejado, limpio, azul, tuvo la certeza de que la añorada primavera por fin había hecho acto de presencia en aquellos parajes, de golpe y porrazo, sin avisar.

«¿Cómo es posible que en un país tan educado como Suiza la primavera llegue sin avisar?». Se rio de su propia pregunta.

Durante el desayuno notó que sus compañeros experimentaban una alegría parecida, aunque no fuesen españoles, incluso los procedentes de países aún más fríos, con menos horas de sol, como los nórdicos. Todos sonreían de una manera especial, devoraban las galletas y los bollos con más apetito, como si el sol hubiese avivado sus jugos gástricos.

Y la sospecha de que la irrupción del sol lo había cambiado todo, se confirmó nada más entrar en el aula. Allí se encontraban Madame Leveque y Herr Kittel, profesores de Literatura y de Historia respectivamente, y responsables del área de Humanidades. Les informaron de que ese día las clases iban a ser prácticas, experimentales, como promovía la filosofía del centro. Todos los alumnos debían dirigirse sin pérdida de tiempo a la puerta principal, donde ya estaba esperando un autobús.

La puerta era de hierro forjado, enorme, casi tan alta como ancha. Daba paso a la extensa finca en la que se alzaba desde hacía sesenta años el edificio del colegio Leitner-Le Brun, considerado uno de los más prestigiosos de Europa y, al mismo tiempo, uno de los más elitistas. Un camino en línea recta comunicaba la puerta de hierro con la entrada del colegio y dividía a su vez una explanada, que hacía las veces de aparcamiento. En la parte de atrás se encontraba la zona deportiva. Lo demás eran jardines, con una vegetación que por algunas zonas llegaba a ser exuberante.

–¡Maravilloso, sea lo que sea! –exclamó Bettina mirando a Pablo.

–Lo que no entiendo es que hayan tenido que esperar a que salga el sol para poner en práctica su famoso método peda-

gógico –Pablo cargó las tintas en las palabras «famoso método pedagógico».

Bettina se encogió exageradamente de hombros y se sumó al pequeño revuelo que se había producido junto a la puerta del aula. Parecía que todos querían salir a la vez y correr en busca de ese autobús, que nadie sabía adónde iba a llevarlos.

Por el camino, Pablo no dejaba de mirar hacia arriba, como si aún no se pudiese creer lo que estaba viendo: no había ni una sola nube y el sol brillaba con fuerza. Llegó el último al autobús. Al entrar, Bettina le hizo señas, pues le había guardado el asiento a su lado. Suspiró sin dejar de sonreír. Se sentía feliz: había salido el sol sobre el lago Lemán, sobre las montañas nevadas de los Alpes, sobre los pueblos y ciudades que se levantaban a su alrededor, y además estaba con Bettina, por la que, como le decía algún compañero, había perdido la razón. Él no sabía si la había perdido o no, pero lo que tenía claro era que, por primera vez en su vida, estaba enamorado de verdad. Y su gran felicidad crecía al comprobar que ella sentía lo mismo por él.

En cuanto el autobús se puso en marcha, Madame Leveque conectó el micrófono y comenzó a hablar.

–Cologny –dijo–. Allí nos dirigimos. ¿Alguien puede hablarnos de Cologny?

–Está muy cerca de Ginebra –respondió uno de los alumnos.

–En efecto, está muy cerca –asintió la profesora, y continuó hablando en un tono algo enigmático–. Diodati, Villa Diodati. ¿Alguien puede hablarnos de ese lugar?

–Supongo que esa Villa Diodati se encontrará en Cologny –dedujo Bettina.

–¿Y nadie puede añadir algo más? –la profesora miró al grupo y, antes los gestos de ignorancia, prosiguió–: En 1816, el famoso poeta inglés Lord Byron vivió en esa villa. Y lo hizo con Percy Shelley, otro gran poeta; Mary Shelley, su esposa; Claire Clairmont, hermanastra de Mary, y Polidori, el médico personal de Byron. Una tormentosa noche, en la que no podían salir de la villa debido al mal tiempo...

–Lo del mal tiempo no me extraña –dijo Pablo para sí.

Madame Leveque, que había oído sus palabras, interrumpió su relato y se quedó mirándolo.

–Disculpe, Madame Leveque, no era mi intención interrumpirla.

–Pueden interrumpirme cuando gusten –añadió la profesora con contundencia–, pero háganlo para decir algo interesante, o para aclarar una duda, o para aportar una reflexión personal...

8

Pablo temió que su desafortunado comentario sirviese para que la profesora les recordase el ideario del colegio, cosa que solían hacer con entusiasmo todos los profesores a la menor ocasión, lleno de valores fundamentales, como la organización democrática, la justicia social, la libertad, el respeto, la tolerancia, la honestidad, la protección de la naturaleza, etc. Siempre les decían que su paso por el colegio debería ser una experiencia inolvidable, un crecimiento individual y social, una toma de conciencia de la realidad del mundo para que, cuando saliesen de allí, lo mejorasen. El matrimonio Leitner-Le Brun, al fundar el colegio, y basándose en criterios pedagógicos progresistas y laicos, creó un método de enseñanza ecléctico, un poco de aquí y otro poco de allá. Cuando abrieron por primera vez sus puertas, nadie daba un céntimo por aquel proyecto, que parecía tan utópico como inviable; sin embargo, sesenta años después, se había convertido en un colegio de referencia, sobre todo para las clases altas de Europa con una mentalidad

abierta y progresista. Allí había hijos de grandes empresarios, políticos, profesionales reconocidos, artistas famosos...

–Pues bien, una tormentosa noche de verano en la que no podían salir de la villa, Lord Byron propuso a sus amigos una especie de juego, o de reto: cada uno debería escribir un relato de terror. Les puedo asegurar que aquella noche de tormenta se convirtió en un hito en la historia de la literatura, porque allí se gestaron *Frankenstein*, escrito por Mary Shelley, y *El vampiro*, escrito por Polidori, antecedente de *Drácula* y de toda la corriente vampírica.

–¿Lord Byron escribió también una obra de terror aquella noche? –preguntó una de las alumnas.

–Inició una historia, que nunca terminó; pero sí que escribió obras importantes durante su estancia en Suiza. Después de visitar Villa Diodati, bordeando el lago, iremos hasta el castillo de Chillon. Y ese castillo, con sus mazmorras oscuras, inspiró al poeta *El prisionero de Chillon*. Pero de todo eso les hablará después Herr Kittel.

Leitner, uno de los fundadores del colegio, era alemán. Le Brun, su esposa, era francesa. Y esta mezcla de los dos países se mantenía claramente en el colegio, sobre todo en el porcentaje de profesores, que parecía cumplirse escrupulosamente: cincuenta por ciento alemanes, cincuenta por ciento franceses; cincuenta por ciento mujeres, cincuenta por ciento hombres.

Al sentirse aludido, Herr Kittel tomó el micrófono y añadió:

–Cuando les cuente la historia del castillo, muy relacionada con la historia de este país, les hablaré del famoso prisionero, Bonivard, cuya historia recrea, y también exagera, el poeta Lord Byron. Podremos entrar en las mazmorras donde pasó varios años encerrado.

Rodearon la ciudad de Ginebra por una autovía, para evitar el tráfico del centro, y llegaron a Cologny. El lago Lemán se asomaba de cuando en cuando entre las enormes casonas, muchas de ellas antiguas villas, casi palacios, y otras de más moderna construcción, grandes por lo general, rodeadas de magníficos jardines. El autobús se detuvo en una calle más ancha que las demás, en un espacio que parecía haber sido reservado para él. Entre el follaje de unos árboles se veía el lago y, a lo lejos, la ciudad de Ginebra, con el famoso surtidor, el Jet d'Eau, en primer término.

10 Cuando se abrieron las puertas del autobús, sonó el móvil de Madame Leveque. El uso de móviles estaba rigurosamente prohibido a los alumnos durante las horas lectivas y en cualquier actividad escolar. Escuchó atentamente y su expresión fue cambiando poco a poco. En un par de ocasiones miró de reojo a Pablo. Asentía con la cabeza, como si estuviese recibiendo alguna orden.

Al terminar la llamada, intercambió unas palabras en voz baja con Herr Kittel y después, dirigiéndose a los alumnos, dijo que todos, excepto Pablo, podían bajar del autobús.

–¿Por qué tengo que quedarme? –preguntó de inmediato Pablo.

–Madame Le Brun viene hacia aquí. Ella le recogerá en unos minutos y le explicará.

Sophie Le Brun, codirectora del colegio, evidentemente no era la fundadora, sino su nieta, que había preferido adoptar el apellido de su abuela francesa. La institución seguía perteneciendo a la familia Leitner-Le Brun y, por eso, siempre algún miembro de la misma ostentaba los puestos directivos. El codirector era su hermano, Gustav Leitner, que mantenía en primer lugar el apellido de su abuelo alemán. Por ese motivo,

los hermanos Sophie y Gustav se sentían aún más identificados con el centro.

Bettina agarró a Pablo por un brazo.

–¿Qué ha ocurrido? –le preguntó inquieta.

–No lo sé.

–Tiene que tratarse de algo importante para que Madame Le Brun venga a buscarte en persona.

Ya habían descendido todos del autobús, excepto Bettina y Pablo. Juntos, se dirigieron hacia la puerta. En ese momento, Madame Leveque debió de pensar que Pablo podía haber sacado conclusiones dramáticas de sus palabras y encontrarse seriamente preocupado, quizá imaginando alguna tragedia irreparable.

11

–No piense en ninguna desgracia familiar, no se trata de eso –le aclaró la profesora.

–¿De qué se trata entonces?

–Enseguida llegará Madame Le Brun y le dará todo tipo de explicaciones.

–¿Puedo quedarme con él? –le preguntó Bettina.

–No; vaya con sus compañeros –la respuesta de la profesora fue tajante–. Yo acompañaré a Pablo hasta que vengan a recogerlo.

Bettina miró a Pablo a los ojos y, tan solo durante un segundo, intentó transmitirle muchas cosas: ánimo, en primer lugar, y la certeza de que estaría a su lado, pasase lo que pasase. Luego, se alejó en busca del grupo.

En la puerta del autobús, junto a Madame Leveque, Pablo permanecía en silencio. Observó a sus compañeros, que se

habían detenido junto a la puerta de la que debía ser Villa Diodati, a unos cincuenta metros de distancia. Tras unas explicaciones del profesor, comenzaron a rodear la finca y los perdió de vista. Aunque al principio no le había dado ninguna importancia al asunto, comenzó a sentirse nervioso y a pensar en cuál podría ser el motivo de aquella extraña situación.

Madame Leveque le había asegurado que no se trataba de ninguna desgracia familiar. Pensó en el colegio, en algún acto de indisciplina por el que quisieran reprenderlo. Pero no recordaba haber cometido ninguno. Era buen estudiante, se sentía a gusto en aquel colegio y, aunque a veces se burlaba un poco del ideario, en el fondo le gustaba formar parte de él. Incluso llegaba a pensar que era un privilegiado por estar en un colegio así; no por el dinero que costaba, y que sin duda su padre podía permitirse pagar, sino por todo lo que estaba recibiendo: un planteamiento de vida plena y solidaria, y unas expectativas de un futuro mejor para el mundo en que le había tocado vivir. Estaba convencido de que, cuando pasasen los años, recordaría esta experiencia como una de las más importantes de su vida.

Pensó si el motivo sería Bettina. Todo el mundo sabía que se gustaban, que salían juntos, que eran novios; pero no eran la única pareja del colegio. Desde su fundación había sido un centro mixto y nada represor con las relaciones de pareja entre el alumnado. Era evidente que los chicos dormían en unas habitaciones y las chicas en otras, y que dentro del recinto se exigía un comportamiento y unas normas de convivencia; pero la libertad era uno de esos valores grabados a fuego en el ideario.

Si no se trataba de una desgracia familiar ni de un acto de indisciplina, ¿por qué la directora acudía en persona a buscarlo, interrumpiendo una clase práctica?

Madame Leveque había abierto una carpeta e, intentando parecer ocupada, hojeaba unos folletos. Pablo sabía que no sacaría más información de ella, por lo que no se molestó en preguntarle.

No llevaban ni diez minutos esperando cuando apareció el coche de la directora, que se detuvo en doble fija, junto al autobús. Madame Le Brun descendió rápidamente del vehículo e hizo un gesto a Madame Leveque, indicándole que ya podía marcharse. A continuación, se dirigió a Pablo.

–Venga conmigo, por favor.

–¿Adónde vamos? –se atrevió a preguntar él.

–Regresamos al colegio.

Entró en el coche al mismo tiempo que la directora, se colocó el cinturón de seguridad y se acomodó en el asiento. Muchas preguntas revoloteaban por su mente, pero prefirió permanecer callado. Madame Le Brun se mantuvo también en silencio, atenta a la carretera, aunque le miraba de reojo en cuanto tenía ocasión. Pablo se dio cuenta, pero siguió inmóvil, casi como una estatua, siempre mirando hacia delante, sin hacer un gesto siquiera.

Rodearon Ginebra y tomaron una carretera que atravesaba un paisaje maravilloso: a un lado, inmensas praderas salpicadas de casas, que los rayos del sol llenaban de brillo; al otro lado, las aguas tranquilas del lago Lemán, más azules que nunca. Fue entonces cuando Madame Le Brun, sin mirarlo, le comentó:

–Imagino que no habrá tenido tiempo de enterarse de nada.

Pablo se sintió más confuso al escuchar aquella frase. No solo no se había enterado de nada, sino que no comprendía nada. Y así se lo hizo saber, rompiendo su silencio.

–Me gustaría que alguien me explicase lo que está pasando.

–Entiendo su inquietud –afirmó la directora con un elocuente gesto de su cabeza–. Pero prefiero hacerlo en el colegio.

Por fortuna, ya estaban muy cerca.

Entraron por la puerta principal, atravesaron la explanada y la directora detuvo el coche justo delante de la entrada del edificio. Descendieron a la vez del vehículo y subieron las escaleras. Madame Le Brun marchaba delante y caminaba deprisa, como si quisiera acabar con aquel asunto cuanto antes. Abrió la puerta del despacho de dirección e invitó a Pablo a entrar. Allí se encontraba Herr Leitner, el codirector.

14 Se sentaron en torno a una mesa de reuniones, grande y ovalada, evitando la mesa de despacho, que distanciaba más a las personas.

El nerviosismo de Pablo había ido creciendo al mismo ritmo que su desconcierto. Estaba ansioso por saber qué le había llevado hasta allí, interrumpiendo las clases, que para el centro eran sagradas, y por qué los dos directores del colegio estaban con él.

Herr Leitner le pidió disculpas por lo que consideraba una forma de actuación brusca e inconveniente; pero le aseguró que lo habían hecho con la mejor intención, tratando de ser ellos los primeros en informarle de lo sucedido.

Pablo iba a suplicarles que, de una vez por todas, le dijese qué era lo que había sucedido; pero Madame Le Brun se adelantó:

–Esta mañana, nada más partir el autobús del colegio, recibimos una llamada telefónica de su madre. Quería hablar urgentemente con usted y, de paso, informarnos de que su padre ha sido detenido a primera hora en Madrid. Un juez ha dictado

una orden y la policía se ha presentado en su casa. Alguien ha filtrado información y, por ese motivo, la detención prácticamente se ha retransmitido en directo. Las imágenes están dando la vuelta al mundo en estos momentos. Podrá imaginarse el revuelo que el asunto ha causado en su país.

A la hora de hablar, Madame Le Brun era así, enemiga de rodeos o explicaciones innecesarias. Ella decía las cosas tal y como eran, con la convicción de que así actuaba de la mejor forma posible.

Herr Leitner tomó el relevo.

—Pensamos que lo primero que tiene que hacer es hablar con su madre. Puede utilizar su propio teléfono o el del colegio, como guste. Está esperando esa llamada. También nos dijo, aunque ella misma le dará las indicaciones oportunas, que se ponga en contacto con su hermano, en Zúrich.

Pablo llenó sus pulmones de aire y lo expulsó muy lentamente. Por fin sabía lo que había ocurrido, ya conocía el motivo por el que había tenido que regresar apresuradamente al colegio. No ignoraba que, desde hacía tiempo, todos los medios de comunicación estaban señalando a su padre, un empresario con una carrera meteórica y, al mismo tiempo, un destacado político. Pero la noticia le dejó sin palabras y sin capacidad de reacción. Bruscamente, las cosas pasaban de lo etéreo a lo real. Ya no valían especulaciones, porque la realidad se abría paso como un potro desbocado. Cerró un instante los ojos y descubrió que sentía miedo, mucho miedo, un miedo extraño y desconocido hasta entonces. Trató de pensar en sí mismo, en su situación y en su futuro inmediato; pero otro pensamiento más fuerte se interpuso. El miedo era incontrolable y se extendía sin cesar. Pensó en su familia, en toda su familia. ¿Sentiría su familia el mismo miedo que a él lo estaba atenazando? ¿Cómo habrían reaccionado su madre, su her-

mano, sus tíos, sus primos...? Pensó un instante en Bettina, en sus amigos, en los compañeros del colegio... ¿Qué iban a pensar? Tendría que explicarles que... ¿Pero qué podría explicarles? Antes necesitaba que le diesen explicaciones a él. Abrió los ojos. Los directores del centro permanecían frente a él.

–Sepa que, mientras su familia no disponga lo contrario, usted sigue perteneciendo al colegio Leitner-Le Brun –retomó la palabra Madame Le Brun–. Puede contar con la protección absoluta del centro, y para nosotros la palabra «protección» tiene un significado y un valor muy altos. Y ahora, por favor, vaya a telefonar a su madre.

16 Los tres se levantaron a la vez. Al ponerse en pie, Pablo se tambaleó ligeramente. Percibió una sensación extraña y desconocida, como si el mundo, su mundo, se derrumbase sobre él sin previo aviso. Y el choque producía una amalgama, formada por su cuerpo y la propia realidad. Todo aparecía roto en mil pedazos y, al mismo tiempo, mezclado, como un gigantesco puzzle completamente desordenado.

Se dirigió hacia su habitación, donde tenía el móvil. Sentía una opresión en todo su cuerpo, como una fuerza que quisiera empujarlo, reducirlo hasta la insignificancia. Entonces pensó en Bettina, solo en ella, en su pelo largo y rubio, sus ojos claros, su cuerpo espigado... Se la imaginó a la orilla del lago, tal vez junto al castillo de Chillon, escuchando en apariencia las explicaciones de Herr Kitel, pero en realidad pensando en él. Se preguntó por qué estaba pensando en Bettina y no en su padre, quizá encerrado en los calabozos de una comisaría, esposado.

Una vez en su cuarto, cogió el móvil; pero en vez de hacer una llamada, consultó internet. Tacleó el nombre de su padre y de inmediato apareció una cascada de noticias, aparente-

mente distintas, pero iguales en el fondo: el famoso empresario y político había sido detenido, acusado de robo, falsificación de documentos, cohecho, desfalco y un montón de delitos más. Vio imágenes. Reconoció su casa, su calle... Su padre era introducido en un coche policial, rodeado de cámaras. Reconoció a Santiago, el portero de la finca, que estaba siendo entrevistado; reconoció a una vecina que observaba la escena... Madame Le Brun tenía razón: la detención de su padre se había convertido en un espectáculo. Sintió una gran congoja, y a continuación regresó el miedo. Miedo a algo que aún no podía comprender con claridad.

Salió de internet y seleccionó el teléfono de su madre.

capítulo dos

El viernes amaneció muy cubierto y durante gran parte de la mañana estuvo lloviznando. El buen tiempo de los días anteriores, cuando Madame Leveque y Herr Kitel habían decidido dar sus clases al aire libre, en lugares históricos cercanos al colegio, parecía un espejismo. Pablo, a pesar de llevar casi dos cursos allí, a pesar de haber soportado inviernos inclementes, sentía que por primera vez le agobiaba ese cielo plomizo y bajo, que era como el techo de una cárcel, un techo que aprisionaba al verdadero cielo, azul, radiante, que le había acompañado siempre, desde sus primeros recuerdos.

19

En apariencia, nada había cambiado: la vida en el colegio transcurría como de costumbre. Por supuesto, no ignoraba que el tema de conversación entre sus compañeros era la detención de su padre, que, después de unas horas en comisaría, había ingresado en prisión sin fianza, con cargos muy graves. Pablo imaginaba también que los profesores hablarían de ello, lo mismo que el equipo directivo. No temía que lo expulsasen en aras de la buena reputación del centro, eso

no había ocurrido nunca. El ideario del colegio defendía que no se podía cargar a los alumnos con los errores de sus padres, sobre todo cuando más ayuda necesitaban. Pero las malas lenguas aseguraban que el colegio Leitner-Le Brun no echaba a nadie salvo en caso de que dejase de pagar las cuotas.

Pablo hablaba a diario con su madre. Le había sugerido la posibilidad de regresar a Madrid para acompañarla y, aunque no se lo decía, para sentirse acompañado, para poder compartir con sus seres queridos todos sus miedos e incertidumbres. Pero ella se había negado, tajante, y le había convenido de que lo mejor, dadas las circunstancias, era mantenerse lejos. Siempre le repetía las mismas palabras:

20 –Tú sigue en el colegio, en Suiza, lejos de aquí. Yo estoy bien. La familia me está arrojando mucho. Esto no puede prolongarse; estoy segura de que papá saldrá pronto de la cárcel. Tiene los mejores abogados. Pero tu hermano y tú tenéis que quedaros en Suiza, estudiando, como si nada hubiera sucedido...

–Pero sí ha sucedido algo, mamá, y muy serio. Podría viajar al menos el fin de semana...

–¡No! ¡No quiero que te salpique este asunto! Debes seguir allí, lejos. Yo te siento a mi lado.

–Lo estoy, mamá, a todas horas.

–Ve a Zúrich este fin de semana, con Iván. Vosotros tenéis que estar ahora más unidos que nunca.

Haciendo caso de las recomendaciones de su madre, había decidido pasar el fin de semana en Zúrich. En tales circunstancias, que los dos hermanos estuvieran juntos parecía lo más razonable. Además, no era la primera vez que pasaba un fin de semana con Iván. En varias ocasiones había cogido el tren el viernes por la tarde para regresar el domingo a úl-